

EL NIÑO FIDENCIO

Cierta tarde recibí en mi consulta la visita de Skidmore. José B. Skidmore, procedente de Tampa, vino a Cuba durante la primera intervención norteamericana y se radicó en Matanzas contratado para instalar una fábrica de hielo.

Andando el tiempo, estableció un taller de mecánica automotriz y fue representante, por muchos años de la fábrica de automóviles Ford.

Éramos clientes mutuos. Él me utilizaba en el tratamiento de sus dolencias. Yo le compré, al correr de los años, cuatro automóviles Ford y un Mercury. Además, éramos muy buenos amigos.

La visita de Skidmore no se relacionaba con su salud, sino con la salud de un vecino suyo.

Yo conocía el caso. En el Gabinete Radiológico de la Colonia Española había hecho el diagnóstico de cáncer incipiente del pulmón.

En aquella época, las lobectomías (extirpación de un lóbulo pulmonar) y las neumectomías (extirpación de un pulmón entero) eran intervenciones que solamente se realizaban por los más destacados cirujanos de los grandes centros quirúrgicos del mundo y muy pocas veces con resultados favorables.

Su médico le recomendó que fuera a la Clínica de los Hermanos Mayo, en los Estados Unidos y el paciente, que no hablaba inglés, solicitó de Skidmore que lo acompañara en calidad de intérprete.

Skidmore pensó que más eficiente compañía sería en este caso la de un médico y vino a proponerme que acompañara a su vecino a la famosa clínica norteamericana. Quería saber también cuáles serían mis condiciones, para informar a su vecino.

Yo, que siempre tenía el caballo amarrado a la puerta, acogí muy favorablemente la proposición. Iría si me abonaban todos los gastos y una cantidad equivalente a lo que ganaba, de modo normal, durante el tiempo de mi ausencia.

Al amigo de Skidmore le pareció justa mi proposición y, en principio, quedamos conformes. Solamente esperábamos fijar la fecha, de acuerdo con las gestiones que teníamos que realizar para obtener los pasaportes, visas y pasajes.

Pero, en esos días, la prensa estaba inundada de noticias relacionadas con el «Niño Fidencio».

El «Niño Fidencio» era un curandero mexicano. Sus facultades curativas eran extraordinarias. La aldea en que vivía recibía a diario grandes contingentes de enfermos. Los ciegos recuperaban la vista; los tullidos abandonaban el sillón de ruedas y emprendían una marcha ligera; los enfermos, a quienes sus médicos no habían dado esperanzas de curación, sanaban al instante.

Un hermano del enfermo vino a verme. Habían abandonado la idea de ir a la Clínica de los Hermanos Mayo. Las curaciones maravillosas del «Niño Fidencio» los habían decidido a probar fortuna en México. Pero ellos querían, de todos modos, que yo acompañara al enfermo.

Les expliqué que mi presencia no sería necesaria. El Niño Fidencio» hablaba español.

Y no tuve, en el resto de mis días, oportunidad de visitar la famosa clínica norteamericana.